

Jorge Vigil

Ofrendas e ilusiones

Élida Román

Fabulaciones y recuerdos*

Mencionar las calidades de dibujante dotado de Jorge Delfín Vigil (Lima, 1963) es reiterar lo obvio, pues ante sus obras es este el motivo del primer asombro. Difícil es desligar este juicio inmediato, sobresaliente en las pinturas presentes, pues es la riqueza de la línea, abigarrada, omnipresente, seductora y maestra, la que parece marginar cualquier otro elemento a tomar en cuenta.

El “Paisaje” que recibe al visitante es un largo y angosto friso a su vez atravesado por otro similar y angostísimo que lo cruza por la línea media horizontal, destacado por el uso del color, la intensidad del contraste y la precisión del detalle. Presentado como una suerte de ventana personal, este espionaje de un mundo desaforado, excesivo, barroco en su abundancia, exagerado en presencias y detalles, sutilmente agresivo, atrapa al espectador con la trampa de su formato, de esa dimensión casi microscópica (se ofrece lupa para acentuar esta característica de encubrimiento sutil creando una complicidad inevitable entre obra y espectador), de motivo de espionaje más cercano al voyeurismo que a la inocente curiosidad,

* Publicado en *El Comercio*, 25 de diciembre del 2002.

muestra un despliegue de objetos personales del autor que destacan también su condición de espectador, de testigo y transmisor.

Complicidades, ambigüedades, ironías, huellas y presencias autobiográficas, testimonios que son acertijos, están presentes en todas las obras de su pintura donde el humor ácido no deja de manifestarse.

Vigil pone su habilidad de dibujante al servicio de una creatividad donde la fantasía es más bien un pretexto para mostrar realidades que van del ridículo a la crueldad, de lo amable hasta lo desahogado, de lo nostálgico y amable a la tristeza y el pasmo. Personajes cercanos a la caricatura aunque reconocibles y clasificables para categorías muy amplias, son mostrados en encadenamientos, seriaciones, actitudes y situaciones, marcadas por un recurso satírico, por ironías y desparpajos, alusiones a sexualidad desbordada y apariencia desentendida, comentarios imaginativos y fuera de realidades concretas junto a elogios románticos y viñetas inexplicables. Lo insólito como cotidiano, lo cotidiano como exagerado, lo exagerado como habitual.

Con arte de nigromante, Jorge Vigil evoca con evidente admiración, la vieja escuela de los maestros flamencos, recicla el estilo, se apropia de sus modos y con ojos contemporáneos y celo de ilustrador, se regodea en la reproducción cuidadosa y el detalle casi increíble que también lo pone al servicio de su propio discurso interior. Buen ejemplo es “Mi reino” o “Recuerdos de indonesia”.

Una buena travesía por el mundo casi mágico y también real de un observador que sabe conciliar las contradicciones y deseos, sin proponer discursos definitivos, dejando la puerta abierta a nuestra propia conclusión.